

en sus brazos el cadáver ensangrentado del Salvador. Ella lo estrecha contra su pecho, y extasiada, y olvidada de cuanto la rodea, exclama con la mayor ternura: «¡Hijo mio Jesus; tú eras mi Padre, mi Hijo, mi Dios, mi adorado esposo, y hoy he perdido en tí todo mi sér! ¡Cuán dulce me fuera en este momento perder una existencia que yo no puedo llevar sin tí!»

Y ¿á quién podrá ser comparada esta triste Madre en su afliccion? La historia profana nos pinta el desconsuelo de la reina Ariga que, habiendo perdido á su esposo en lo más recio de un combate, atraviesa impávida en el silencio de la noche por entre las tiendas de los enemigos, registra uno á uno los cadáveres, esparcidos por el campo de batalla, y hallando al fin el objeto de su amor mutilado, despedazado y cubierto de sangre, lo estrecha contra su pecho y muere tambien ella misma por la vehemencia de su dolor. La historia sagrada nos describe el llanto universal del pueblo de Israel, cuando el desgraciado príncipe Josías fué muerto por sus enemigos, atravesado su corazon con una lanza, brotando sangre humeante, á la vista de sus hijos que le adoraban: *Et universus Judá et Jerusalem lacerunt eum*. Pero nada es bastante á bosquejar el dolor de esa tierna Madre cuando estrecha en sus brazos el cadáver del Hijo de sus entrañas. Su dolor es como un mar, que no conoce límites en su inmensidad. Las fuerzas humanas no alcanzan á describirlo.

Pero basta ya, señores. Dejemos á nuestra tierna

Madre, abrazada con su querido Jesus sobre la cima del Calvario, ínterin os hago ver que la causa principal de su amargura y desolacion es el vicio infame de la reincidencia, que domina la mayor parte de los cristianos, y se le representa en el cadáver denegrido, herido y despedazado, del Salvador: materia de la reflexion moral.

Y no será hoy mi lenguaje, señores, muy del agrado del mundo; de ese mundo que vive en la funesta alternativa de reconciliaciones y de pecados; que vuelve á sus pasados crímenes, apenas ha salido de ellos, y duerme tranquilo en tan terrible estado. Pero habiéndome propuesto combatir en este santo septenario los vicios más comunes en nuestros dias, creo de mi deber hablaros hoy de la reincidencia, que domina todas las clases de la sociedad. Vosotros, mis amados, atended; y si hasta ahora no habeis desmentido vuestra fidelidad para con Dios, oid, y que os sirva de preservativo. La reincidencia en el pecado es funesta en sí misma, más funesta en sus efectos. En sí misma, por la ingratitud que en-

vuelve para con nuestro Padre Dios; en sus efectos, porque nos conduce á la impenitencia, ingratitude é impenitencia de los judíos, que representa la nuestra, y que bien están marcados en el cadáver ensangrentado y despedazado del Salvador. Oid.

El pecador que reincide en su maldad ha podido conocer ya las ventajas que presta el servir á Jesucristo; ha gustado ya la dulzura y suavidad de su yugo, y las ha comparado con la vergüenza y servidumbre del pecado. Sabe que distan infinito uno y otro extremo, como el cielo y la tierra; como Jesucristo y Satanás. Sabe que Dios es sumamente celoso de su gloria y que no tolera ser pospuesto á la criatura. Mas, sin embargo, él se decide en favor de las criaturas y del pecado, y dice que es más amable, dice que es su ídolo, que es su dios. ¡Qué ultraje, señores, á la majestad del Altísimo! Y ciertamente, mis amados, si, según el P. San Agustín, lo que excede en la balanza del amor, eso es nuestro Dios, ¿cuál será el dios del avaro reincidente, del lascivo, del ambicioso? No serán ni Júpiter ni Venus; pero serán el oro, y los placeres, y la gloria, y á ellos ofrecerá toda su eternidad y todas sus esperanzas. Y nosotros, mis amados, que reprobamos con razón el desacato cometido contra un príncipe de la tierra; esos señores del mundo, esos semidioses visibles, que dominan tal vez con altanería y arrogancia; los reyes sobre su trono, los magistrados bajo de su sólio, todos son venerados con el debido homenaje y

rendimiento; empero Dios, aquel Dios que llena los cielos y la tierra, y de quien procede todo poder, es insultado y pospuesto á los viles y groseros apetitos del pecador reincidente. Nosotros, que temblamos al considerar aquellos trágicos sucesos que turbaron muchas veces la paz de los estados; que alteraron y confundieron los derechos del príncipe y de los súbditos; que sublevaron los pueblos contra la ley... nosotros, que no perdonaríamos á nuestra propia sangre el crimen de sedición contra las autoridades del mundo, nosotros despreciamos la autoridad de todo un Dios, y nos burlamos de su poder y de su gloria. ¡Increíble parece tamaña osadía del pecador reincidente!

Pero entremos de un modo más directo en el corazón del reincidente. Para ello trasladémonos al estado de nuestros primeros extravíos. ¡Qué éramos cuando la gracia nos arrancó por la vez primera de los brazos del pecado? Éramos, mis amados, hijos de ira, miembros de Satanás, monstruos de iniquidad; éramos enemigos irreconciliables del Señor, sin derecho alguno á su reino, y pesaba sobre nosotros el decreto irrevocable de condenación eterna. Y la gracia nos restituyó la vestidura de los hijos de adopción; nos hizo partícipes de la celestial herencia y de la consoladora esperanza de los escogidos, y nuestra alma fué investida con la estola hermosa de la justicia y de la caridad, gala más preciosa que los cetros y las coronas de los reyes; gala que enorgullece y

arrebató el espíritu de los habitantes de la Sion celeste. Pero nosotros, pocos momentos después de recibidos tamaños beneficios, volvimos al pecado, destruyendo todo el edificio que Dios, con su mano bienhechora, acababa de levantar.

Yacíamos sumergidos en el más profundo abismo de desolación y de horror, sepultados en disgustos amargos; desamparados de los amigos; cansados de los placeres; abandonados de aquellos dioses, en quienes depositáramos toda nuestra esperanza. Y la gracia nos visitó en la aflicción, y nos consoló, y nos colmó de dulzura y deleites. Pues, sin embargo, apenas el mundo volvió á ofrecernos con su dorada copa, hemos vuelto á seguirle, y dijimos al Señor que si habíamos venido á él era porque el mundo no hacía caso de nosotros.

Éramos una multitud sinnúmero de crímenes, á cual más horrendo. Acordaos, mis amados, de las innumerables maldades que señalaban entonces cada día de nuestra vida. Acordaos de cuántas veces temblábais llenos de horror á los pies del Ministro del santuario... Y el Señor no quiso entrar con nosotros en cuentas, y borró todas nuestras iniquidades, y las arrancó del libro de la muerte, donde estaban escritas con caracteres indelebles, y no volvió á acordarse más de ellas. Pero nosotros volvimos al pecado, haciendo como revivir nuestras pasadas iniquidades, y dijimos al Señor: «tomad la gracia y el perdón que me concedisteis, que yo me

vuelvo á mis antiguos caminos.» ¡Qué ingratitud tan monstruosa para con nuestro Padre Dios! Pero aun hay más.

¿Qué éramos, repito, cuando la gracia nos arrancó de los brazos del pecado? Recordad aquellos instantes en que, movidos, al parecer, del más sincero arrepentimiento, vinisteis por la vez primera al pie de los tribunales de penitencia. ¡Qué suspiros! ¡Qué lágrimas! ¡Qué tiernas protestas de fidelidad para lo sucesivo! ¡Con qué sinceridad repetíais al Ministro del santuario que aquellos momentos eran lo más dulces de vuestra vida! ¡Ah! Y ¡después de tan augusto aparato, después de haber jurado al pie de los altares, y á la vista del cielo y de la tierra, una fidelidad eterna, habeis quebrantado vuestra fé y faltado á vuestra promesa! ¡Habeis faltado á la fé prometida á un Dios terrible, y de la que fueron testigos todos los que componen la celestial milicia... quebrantásteis una alianza sellada con lo más sagrado de nuestra religión santa, confirmada con la sangre del cordero y con las más irrevocables solemnidades, é hicisteis traición á unas promesas juradas en las manos del Ministro de la reconciliación, que las había aceptado en nombre de Jesucristo!... Vosotros, mis amados, que haceis alarde de vuestra sinceridad y franqueza, que os jactais de ser fieles é incapaces de faltar á vuestra palabra, ¿no os avergonzáis de haber sido tantas veces infieles para con nuestro Padre Dios? ¿Por ventura recibisteis un

corazon franco para el trato de los hombres en la sociedad, y otro pérfido é ingrato para con Dios? Vosotros, más insensatos que aquellos de quienes se queja el profeta porque hicieron á Dios de peor condicion que los hombres... más alevosos que el pérfido Judas, quisisteis alucinar á Jesucristo con las más fervorosas exterioridades de fidelidad, ¡y todas aquellas tiernas demostraciones eran el preludio de vuestra perfidia! «¡Oh alma infiel, exclama el profeta Jeremías, cuán vil y cuán despreciable te has hecho desde que has vuelto á tus antiguos caminos!» «¡Pues sabe, añade Habacuch, que las piedras de este templo, y esos sagrados tribunales de penitencia, que fueron testigos y depositarios muchas veces de vuestros juramentos y de vuestras lágrimas, se levantarán contra vosotros en el dia del juicio para condenar vuestra perfidia!... ¡Desgraciados, os diré con el P. San Cipriano; más útil os hubiera sido haber vivido hasta ahora en las tinieblas de vuestra pasada ignorancia!... ¡Más útil os hubiera sido haber permanecido siempre en la maldad, sin hacer esfuerzos para salir de ella jamás! ¡Siquiera no hubiérais profanado la sangre de Jesucristo, y no os hubiérais dispuesto para caer irremisiblemente en los horrores de la impenitencia! ¡Ah, impenitencia final!... ¡castigo el más terrible de cuantos se depositan en los tesoros de la cólera de un Dios, y efecto infalible de la reincidencia!

Pero, señores, me siento fatigado y no me es posi-

ble ya continuar. Dejemos para mañana esta segunda reflexion y, volviendo al Calvario, ved con cuánta razon llora la Santísima Virgen la muerte de su amado Jesus y la desgracia del pecador reincidente: pidamos al Señor para estos su poderoso auxilio.— AMEN.